



Seix Barral

Manon Steffan Ros

El Libro Azul de Nebo





Seix Barral Biblioteca Formentor

Manon Steffan Ros

El Libro Azul de Nebo

Traducción del galés por
Sara Borda Green

Título original: *Llyfr Glas Nebo*

© Hawlfraint Manon Steffan Ros a'r Lolfa Cyf., 2018

© por la traducción, Sara Borda Green, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Publicado con el apoyo del Wales Literature Exchange gracias a una ayuda a la traducción del Arts Council of Wales National Lottery Funding

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-322-3921-2

Depósito legal: B. 13.144-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

SIÔN

Mamá dice que lo mejor ahora es que escriba aquí. Porque ya no tiene paciencia para enseñarme, creo; no tiene paciencia o no tiene energía. No estoy seguro de cuál de las dos, o si hay alguna diferencia.

Todas las mañanas se sentaba conmigo una hora, la hora en que Dwynwen todavía duerme. Me enseñaba a sumar y a leer, pero no como en la escuela, nada de gráficos ni tablas ni cosas así. Me hacía leer libros y escribir sobre ellos, y luego corregía con un bolígrafo rojo si había algún error o si había escrito alguna tontería. Más tarde, después de sumar y restar, ya no hubo más matemáticas que aprender. Mamá se empezó a preocupar. También por los bolígrafos, porque no quería quedarse sin tinta.

—No tengo nada más que enseñarte, Siôn —me dijo ayer—. No tiene sentido seguir así.

Acababa de leer lo que yo había escrito sobre una novela romántica, un hombre y una mujer que se conocen en un tren. Creo que ahí se dio cuenta de algo. Entonces dijo que mientras escribiera una hora todos los días no me iba a molestar más.

Mamá consiguió este cuaderno una vez que se metió en una casa en Nebo y se puso a revisar los cajones de un pequeño escritorio. Normalmente solo nos llevamos lo verdaderamente indispensable: cerillas, matarratas o libros. Cuando cogió este cuaderno le dio unas cuantas vueltas antes de decidir metérselo en el bolso.

—Es para ti —me dijo cuando llegamos a casa—. Para que escribas tu historia.

—El Libro Azul de Nebo —dije sonriendo, y lo cogí de sus manos. Las hojas estaban limpias, impecables, como un día sin estrenar.

—¿Cómo? —preguntó mamá confundida.

—Como el *Libro Negro de Carmarthen* o el *Libro Rojo de Hergest*. Así los llamaban en la Antigüedad. —Yo había leído acerca de ellos en un libro de historia de Gales—. Eran importantes, contaban nuestra historia. Y esto que estamos viviendo también es historia, ¿no es cierto?

La portada es de un color azul marino casi negro,

y en ella he escrito con letras bien grandes LIBRO AZUL DE NEBO. No parece un libro importante, pero los libros, en realidad, no son más que las palabras que contienen.

Lo guardé en el estante más alto para que Dwynwen no lo alcanzara y después subí al tejado del cobertizo para intentar arreglar la gotera que hay en la esquina. No lo creeríais, pero por un agujero pequeño como este puede entrar mucha agua. Un poco de masilla y un cuadrado de lona de unos diez centímetros son suficientes. Solamente puedo usar un clavo, ya no nos quedan muchos. De momento servirá.

Dwynwen empezó a llorar y mamá la sacó de la cuna.

Desde el tejado del cobertizo la vista es increíble. Mirando hacia Caernarfon se ven las torres de su castillo, que se levantan como dientes, y más allá están el estrecho de Menai y la isla de Môn. No recuerdo haber estado nunca en Môn, pero mamá dice que fui varias veces de pequeño. Había lugares bonitos para pasear, dice, y playas hermosas para mojarse los pies cuando hacía buen tiempo. En eso pensaba ayer al mirar el paisaje, sentado sobre el cobertizo, mientras observaba la isla de Llanddwyn y el mar, y todos los árboles y campos y matorrales que hay entre nosotros y el agua. Ayer fue un día muy frío, tan frío que mi aliento se condensaba en el aire. Me puse a pensar en

la gente de antes, qué pena, yendo a la playa en sus coches elegantes, sentados allí todo el día sin nada que hacer. Solo metiendo los pies en el agua y haciendo pícnicos. Traté de no pensar mucho en ellos, pobres.

Entonces oí a mamá, que salía con Dwynwen atada al pecho, y bajé la escalera. Había demasiadas cosas por hacer como para perder el tiempo pensando en la isla de Môn y en el pasado.

Nuestra casa está en un lugar medio muerto. Es decir, está en medio de la nada. Nunca viene nadie a vernos, ni de paso ni de visita. Bueno, en los viejos tiempos había un señor y una señora que vivían en la casita que se llama Sunningdale, a unos ochenta pasos de nuestra casa, pero cuando ocurrió el Fin se marcharon al cabo de poco, como todos los demás.

—¿Qué es Sunningdale? —le pregunté una vez a mamá después de curiosear en el jardín.

—Es un nombre estúpido —respondió—. No te metas en ese lugar, Sionyn, no es nuestro.

Creo recordar al señor y la señora Thorpe, pero no estoy seguro.

Él era un hombre alto con el pelo canoso y gafas, y ella era pequeña y delgada y te miraba a los ojos cuando hablaba. Sunningdale está exactamente como lo dejaron, aunque he plantado en su jardín y he cor-

tado algunos de sus árboles para hacer leña. Quiero entrar en la casa para ver qué hay, pero mamá no me deja. Por alguna razón se pone rara con Sunningdale y con el señor y la señora Thorpe.

Es posible que se hayan ido para siempre. Eran ancianos, tan viejos que habían dejado de trabajar y no hacían nada más que jugar al golf y cultivar en macetas unos arbolitos absurdos llamados bonsáis que colocaban en la ventana de la cocina. Estoy seguro de que han encontrado a su familia y han decidido quedarse donde sea que estuvieran. En algún lugar de Inglaterra, seguro.

Hoy he cortado ramas de su jardín para el fuego. Llovía, hay que afilar la sierra otra vez. Mamá estaba al pie del árbol cargando a Dwynwen, que intentaba hablar. Juntaba las ramas que yo iba cortando para que fuera más fácil arrastrarlas a casa. A mí me resulta más fácil subir a árboles y a techos y esas cosas, mamá es coja. Pero sigue subiendo al cobertizo conmigo cuando hace buen tiempo o cuando se ven las estrellas.

Sentado en el árbol he podido ver a través de la ventana la habitación del señor y la señora Thorpe.

Cortinas con flores rosas y la cama bien hecha. Un armario blanco blanco, una mesita a cada lado de la cama y un montón de libros apilados encima.

—¡Vamos, Sionyn, está a punto de ponerse a llover fuerte! —ha dicho mamá, que esperaba las ramas.

He cortado un par más.

—Tienen muchísimos libros ahí.

Mamá no ha dicho nada.

—Y mantas sobre la cama. Un edredón, creo. Y dos almohadas. —He movido la sierra lentamente y con fuerza contra una de las ramas grandes.

—No es asunto nuestro —ha contestado mamá.

He sabido que debía cerrar la boca. Con mamá no discuto. Por algún motivo, meterse en las casas de Nebo es diferente a meterse en Sunningdale, y no entiendo por qué.

Hoy cumple treinta y seis años.

Tenemos el calendario viejo, el de 2018, el año en que sobrevino el Fin. No podemos estar completamente seguros de la fecha porque los primeros días después del Fin, cuando estábamos enfermos, parecen un solo día, aunque quizá fueron tres, o una semana, o dos semanas. Pero no importa. Hemos calculado dónde estamos. A mamá no le gustan las fiestas, pero yo creo que es importante. ¡Treinta y seis años en el mundo! Y catorce de esos años he estado con ella. Y ella conmigo.

—Has estado conmigo un tercio de tu vida —he dicho mientras le arrojaba una rama grande.

Mamá se ha quedado callada y ha levantado la mirada hacia mí, atravesando las hojas. Tenía el cabello mojado y había cerrado el impermeable sobre

Dwynwen. Solo llegaba a ver la cabecita de mi hermana con su gorro de fieltro azul.

A veces pienso que es imposible que exista alguien tan hermoso y tan feo como mamá.

Sé que estoy siendo cruel. Mamá odia cuando dicen que alguien es feo, incluso en los cuentos, y no lo entiendo. Mientras la gente no se entere, ¿cuál es el problema? Pero mamá cree que solo la gente que es fea por dentro ve a los demás feos por fuera. Entonces debe de ser que yo soy horrible por dentro, porque a veces mamá me parece realmente fea.

No veo a mucha gente, así que quizá no sea el más indicado para decir quién es feo y quién no. Pero recuerdo el Fin. Yo tenía seis años, y seis años es tiempo suficiente para acumular recuerdos. Creo que las chicas eran como en las portadas de algunos libros: labios grandes rosados, piel tersa, bonita, pelo suave, hermoso. Mamá es bastante diferente. Tiene la cara delgada, ojos grandes y boca pequeña, y una nariz demasiado larga. Es alta y fuerte, no es que sea gorda, sino completamente firme, no tiene partes blandas. Antes del Fin llevaba el pelo corto y teñido de rubio, muy rubio, pero ahora es difícil cortarse el pelo y no es posible teñirlo. Le crece grueso como a un perro, negro azabache como una noche de noviembre, y tiene algunas canas grises como cables de metal.

Me pregunto si me parezco a mamá.

Ella me ha mirado un rato largo, allí arriba, entre los árboles. Por un momento he pensado que estaba a punto de decirme que nos metiéramos en la casa del señor y la señora Thorpe, pero al final ha desviado la mirada. En su pecho, Dwynwen ha balbuceado algo. Se está poniendo demasiado grande para llevarla encima.

Esta noche iré a cazar, intentaré atrapar un conejo o un gato salvaje para que mamá tenga algo de carne en su cumpleaños. Hay algunas trampas en la parcela de las patatas. Este año tendrá un buen cumpleaños.

Ayer atrapé un conejo. Se retorció en la trampa, pobrecito, así que enseguida lo maté con mi navaja de bolsillo y guardé la sangre en una botella. A veces mamá usa la sangre como salsa para las patatas porque nos hace sentir fuertes. A veces, como le daba el pecho a Dwynwen todo el tiempo, mamá tenía que beber la sangre porque no es posible producir leche sin alimentarse bien. Mamá bebía media taza y enseguida vomitaba.

Despellejé el conejo, lo llevé a casa y dije: «Feliz cumpleaños, mamá». Por la mañana había buscado la tarjeta de cumpleaños y la había puesto en el estante que hay sobre el fogón. En la tarjeta hay un coche de carreras y pone FELIZ CUMPLEAÑOS – HOY CUMPLES SEIS,

pero no importa. Es la única que queda. Tenía trece tarjetas de cumpleaños, pero después del Fin decidimos quemar las demás, porque en ese momento no sabíamos nada, ni siquiera cómo guardar ramitas secas durante el verano para poder hacer fuego en invierno.

—Gracias, tesoro —dijo mamá, y sonrió.

Dwynwen jugaba en el suelo con una serpiente de peluche que hizo mamá con un calcetín viejo. Puse el conejo en una olla sobre el fuego.

—¿Dónde está el abrigo?

—Allí, en un rincón, secándose. Estaba medio húmedo.

Mamá asintió con la cabeza.

No recuerdo los cumpleaños anteriores de mamá. Bueno, recuerdo los últimos, claro, pero no los anteriores al Fin. Sí recuerdo mis cumpleaños; el pastel y las velas y el papel brillante que envolvía los regalos. Y recuerdo los nombres y los rostros de otros niños, pero no sus voces ni la manera en que se movían o cómo reían.

Guto.

Dewi.

Nedw.

Ela.

Gruff.

Oliver.

Harry.

Endaf.

Beti.

Swyn.

Eloise.

Estoy seguro de que había más, pero no puedo recordarlos. Lo he intentado varias veces, y cuanto más lo intento, menos recuerdo. Es como tratar de recordar un sueño.

Comemos el conejo con avellanas. Está buenísimo. Guardamos la mitad para mañana porque un conejo tiene más carne de lo que creéis.

Por la noche, después de acostar a Dwynwen, subimos y nos sentamos en el tejado del cobertizo a mirar las estrellas; la noche está despejada.

—Te entretienes escribiendo —dice mamá, y no sé si es una pregunta o una afirmación.

—Sí, pero creo que es necesario escribir sobre el Fin. Y no sé lo suficiente.

Mamá asiente pensativa.

—Eras pequeño entonces.

—Deberías escribir *tú*, mamá. Podemos compartir el libro. Simplemente escribe lo que pasó.

—En la escuela era malísima escribiendo.

—Has leído miles de libros desde entonces. Ahora se te dará mejor.

Y así acordamos, mamá y yo, compartir el Libro Azul de Nebo. Ella escribe sobre los viejos tiempos y sobre el Fin, y yo hablo sobre el presente, y sobre

cómo es la vida ahora. Y nos hemos prometido que jamás leeremos lo que el otro escribe, por si acaso. Por si acaso qué, de eso no estoy seguro.

—A menos que algo nos suceda a nosotros —dice mamá en un suspiro apenas audible, y yo no digo nada, aunque sí lo he entendido.

Por un instante se ha hecho un silencio entre nosotros y el cielo.

—Me encantaría fumarme un cigarrillo —dice mamá.

De vez en cuando, por la noche, lo dice. Antes la gente fumaba, se ponían algo encendido en la boca y tragaban el humo. No lo recuerdo bien, solo el olor. Era cálido y denso y hermoso al principio, pero después de unas horas se volvía horrible.

—¿Es eso lo que elegirías si pudieras tener el regalo de cumpleaños que quisieras? —Mamá mira más allá de la isla de Môn y lo piensa. Huele a aire libre.

—Nada —dice después de un rato—. No elegiría nada.

Y aunque suene tan bonito, sé que no es cierto. Porque todos quieren algo.

—Cualquier cosa del mundo, mamá. Incluso algo de los viejos tiempos.

Mamá suspira.

—Vale. Elegiría un Bounty.

—¿Un qué?

—Bounty. Era una golosina de chocolate, Siôn.
—Yo recuerdo el chocolate, por supuesto, pero no esa golosina en concreto. Recuerdo Dairy Milk y Penguin y Milkybar y Rocky—. Por dentro tenía trocitos de coco. Era empalagoso, con mucho azúcar. Yo siempre comía el chocolate primero, y después seguía con la parte de dentro. El de chocolate con leche venía en un envoltorio azul y el de chocolate amargo, en un envoltorio rojo oscuro.

—¿Los cocos se parecen a las avellanas?

—No, no. El sabor es dulce, y son hebras pequeñas todas juntas.

Me arrepiento de haber preguntado, porque mamá se queda callada después de hablar de los viejos tiempos, y no es un silencio como el de estar trabajando, sino el silencio de cuando faltan las palabras adecuadas.

—Yo no pensaba en esas cosas, ¿sabes? —dice después de un rato—. Nadie lo hacía. Simplemente entrábamos en una tienda o íbamos a una gasolinera y, si había una chocolatina o un paquete de patatas fritas y nos apetecía, lo comprábamos. —Sacude la cabeza—. ¡Incluso si no teníamos hambre!

—Pero ¿por qué? —pregunto yo.

—No me acuerdo —responde mamá. Se queda callada un minuto y luego añade—: Quizá porque estaba ahí.